



CAPITULO V

Por debajo de la vida lujosa

—Puedes moverte, desentumecerte.... — dijo Ignacio á su modelo, soberbia joven morena, de veinte años, de cara dura, con cuerpo de ninfa de arroyo, que bostezaba mostrando sus dientes blancos y puntiagudos. La lluvia de octubre caía tristemente sobre las vidrieras del gran taller, en tanto que en los muros brillaban los paisajes dorados y los patios de España. A través de los cristales se veían las callejuelas del viejo Montmartre, las casas pegadas y lustrosas, con sus jardines empapados en agua, y las paredes en demolición, negras y sucias. Arriba el cielo era un océano de nubes que parecían de humo oscuro y se juntaban pausadamente, lentamente.

—¡Qué desgracia la que yo he soñado!—suspiró la joven estirándose. Y se levantó, echó sobre sus espaldas una vieja capa roja de torero é hizo

ademán de arrimarse á un apunte del Generalife, en pleno mediodía.

—Debe hacer buen tiempo ahí—añadió.—Eso es más agradable que la calle de Lepic... ¿Cuánto hace que has venido de allá?

—Ocho días—respondió el pintor distraídamente, limpiando sus pinceles. ¿No has tenido ningún entretenimiento durante mi ausencia?

—¡Ah, ya lo creo! Tu no querías que me estuviera tranquila todo un mes. Eso sería extraordinario. Armando, ya sabes, aquél de quien te he hablado, el que hacía mis delicias, que me llevaba los domingos al campo, que era rizoso como un carnero...

—Y que te pegaba cuando no le entregabas todo el dinero que ganabas... ¿Qué es lo que le ha ocurrido á ese mozo?

—Pues que me ha sustituido la otra semana con una boba, con una de mis amigas...

—¿Qué se llama?...

—La *Uva*, una cochina que sangra por la nariz siempre que se pone colérica...Pues bien, desde entonces yo no tengo apetito, ni duermo, ni siento ganas de hacer nada, ni de divertirme...Es una desgracia para él, porque ella es una tramposa y una sucia que ha tenido todas las enfermedades y se las pegará.

—¿Y tú no le has reprendido?...

—Sí; le he seguido seis días consecutivos por todos los rincones de Montmartre, pero siempre estaba con su *Uva*, muy pegado á ella, obsequiándola, pagándola lo que quería beber, con el dinero mío. Entonces yo entraba, y como tú comprenderás, los insultaba. El no osaba responder delante de la gente, pero el séptimo día, por la noche, me

siguió cuando salí, y me dijo que si continuaba molestándolos, me ahogaría como á un pollo. ¡Y lo haría el canalla!...

Luisa con admiración se pasó la mano por su desnuda garganta, accionando la supuesta estrangulación.

Salientes miraba sonriendo á aquella bella criatura que echaba de menos al querido martirizador.

—Si volviera ahora á donde tú—la preguntó—¿le recibirías?

Ella dejó escapar un grito de alegría, arrancado sólo por la hipótesis.

—¡Ah, seguramente! Hoy como dentro de seis meses, como dentro de un año, como siempre. El es el único hombre en que yo pienso cuando voy por la calle, en el taller, haciendo de modelo, dormida, despierta...¿Es tonto esto? ¿Y por qué? Ha habido tipos á quienes he querido bien, pero los he olvidado en seguida. Este...este ya es distinto. Yo daría todo cuanto tengo, todo cuanto gano por pasar todavía una noche solamente con él.

—¿Y cómo te esplicas tú eso?...

Reflexionó un momento, la barba apoyada en sus manos, y con una fisonomía grave y fina, respondió:

— Los otros estaban pendientes de mí. Armando no lo estaba tanto, y cuando con más entusiasmo se mostraba, era muy capaz de abandonar el campo sin prevenirme. Nunca estaba yo segura de él...

En este instante un golpe de campanilla interrumpió á la amante de Armando. Ignacio se precipitó hacia la puerta, desde la cual antes que él llegara, su criada pronunció un nombre.

—Que aguarde un momento, ya vuelvo—dijo, y yendo á donde Luisa, que no podía dominar la curiosidad, la ordenó que cogiera sus ropas inmediatamente y fuera á vestirse á otra habitación, pues tenía que recibir allí una visita.

—¿Será tu buena amiga?...

—Eso es asunto mío...Cállate. Toma un duro y vete á reconquistar á tu Armando...Por aquí... Sigue el corredor hasta el fondo. La criada te dirá cuando puedes salir.

Libre de su modelo Salientés salió á recibir á María Montmelian.

—Dispense V., querida amiga, estaba trabajando...¡ Pero qué pálida está V! Siéntese, quítese la capa. ¿A qué circunstancia debo el honor excepcional de ver á V. en mi casa?

María empezó á hablar con voz apagada.

—Estanislao Verneuil ha muerto de repente...¿Lo sabía V?...Sofía, su muger, lo ha avisado por telégrafo á Juana y Francisco, que deben estar ya en París.

—¿Ha muerto mi vecino? Hace cuatro días hablaba aún con vanidad de sus esmaltes. Su asma, sin duda...¡Pobre diablo! ¡Y qué buen talento!... ¿Pero eso emociona á V. tanto?

María tomó aspecto de preocupación. Había un secreto detrás de su frente. Vestida con sencillez, de azul, mientras hablaba, miraba al suelo, y en esta actitud respondió á la pregunta de Ignacio:

—Lo que me turba es la vuelta de Francisco y Juana...Sin duda ahora nos divorciaremos. Las cosas están en camino de eso, gracias á V.... No hay ya nada de común entre nosotros, entre Francisco y yo...Me ha ultrajado de la manera más

abominable...Ha sido mentiroso y traidor...Pero no puedo olvidar que fué mi marido, mi sostén, mi guía en el amanecer de mi verdadera vida...de mi vida de muger. Y después...hay todavía otra cosa...

—¿Qué cosa?—preguntó Francisco conmovido. En la angustia de su amiga, en aquella atmósfera moral, adivinaba que alguna revelación terrible se preparaba, que las palabras irremediables iban á ser pronunciadas. Hubiera querido ignorar y saber, oír, comprender y no sufrir.

María permaneció callada, inclinada hacia adelante, de espaldas á la claridad, la cara en sombra, y el rumor continuo de la lluvia acompañaba á su muda desesperación. Antes de desolar á este fiel amigo, analizaba lo más profundo de la propia conciencia, buscando un orden para la relación de su pasión desordenada. Sus labios intentaron pronunciar algunas palabras vagas. Su semblante revelaba una gran alucinación.

—Suplico á V....—imploró Ignacio.

María se inclinó aun más hacia adelante, agobiada por la vergüenza y los remordimientos.

—¿No ha adivinado V.?...—preguntó. Luego, tras una pequeña pausa, tartamudeó:—Saverne... soy su querida desde hace cuatro meses...desde que marchó Francisco...

—¡Ah, Dios mío!—exclamó el pintor con expresión amarga y estúpida. ¡Cierto, sus sospechas confirmadas!...Pero él no creía, no había supuesto que esa confirmación había de hacerle tanto mal. No osaba ni mirar á María. Esta, enojada momentáneamente con Saverne, sintiendo las torturas de la abstinencia, echaba la mitad de sus penas sobre

su amigo, y así se aliviaba. Proponíase no callar ningún detalle á este oportuno confidente. Por otra parte, él no hubiera tenido valor para interrumpirla. No distinguía bien Ignacio en su interior, no veía claro en él mismo, mientras ella hablaba cada vez más deprisa, nerviosamente, en la libertad de una confesión total que le había sido hasta entonces imposible.

—Es preciso que V. lo sepa todo... Quiero á V. demasiado para callarle nada. Cuando Francisco me abandonó sentí una gran indignación, después una fuerza misteriosa, como una mano invisible, que me arrastraba á casa del otro... Avenida de Villiers... Había en mí, cólera y deseos de venganza. La noche de aquella terrible fiesta, ese hombre me había gustado y disgustado... Yo no ignoraba sus relaciones con Mariana Froncín... Esta tonta me tenía por confidente... Entre nosotras las mugeres se nos remonta la cabeza... Ella me había dicho y repetido en todos los tonos que Saverne no tenía honor, ni fe, que era traidor á sus amigos como á sus queridas... Esto irritó desde luego mi curiosidad... Pensado y hecho: una tarde á las cinco tomé un coche, después un omnibus, después otro coche... y llegué allá, llamé, dí al criado un nombre cualquiera de muger, añadiendo que iba *de parte de Mariana Froncín*... Se me hizo entrar... Se presentó él... Yo no tuve una palabra que decir, pero en seguida comprendió...

—¿Y después?—preguntó Ignacio maquinalmente, con la intención repentina y valiente de separarse de aquella mala amiga...

—A partir de entonces fui su prisionera. La vanidad, el gusto de vencer á una rival, me ponían

en estado de inferioridad. ¡Ah, jugó con mi emulación, el miserable! Porque no dudo ya hoy que esa Mariana es la muger importante de su vida. Es á ella á quien él vuelve siempre, después de tantas promesas y de tantos falsos juramentos con que me ha aburrido... Ignacio, yo, á quien V. ha conocido tan orgullosa, me he humillado hasta implorar, hasta mendigar el amor de aquel trapacero... Esto es increíble... Me lamentaba yo de haber perdido á Francisco. Usted me ha visto postrada, bañada en lágrimas, tan desesperada que deseaba morir... Y era sincera... y eso no impedía que provocara al otro buscando el medio de conquistarle, de ganarle, de guardármelo... ¿Es este mi destino, acaso, entregarme, pasarme la existencia dándome á los demás sin tener yo á nadie mío?...

Había olvidado María que hablaba con su víctima, y le consultaba casi, le tomaba por testigo de su irremediable debilidad por Saverne.

—A usted, amigo mío, no le miento. Yo amaba á Francisco. Su ausencia me torturaba. Cuando yo me desprendía de los brazos de este... cobarde, porque es un cobarde, ese Enrique, ese maula, con su voz acariciadora, yo misma me insultaba, me despreciaba y caía en un negro pesimismo parecido á un principio de manía de suicidio. En días de lluvia como hoy, cuando el suelo brilla y el barro nos invade, he tenido ratos de esos á la vuelta de su casa... La imagen de mi marido y de mi amante se sucedían sin parar ante mí. Yo no podía distinguir de donde me venía la mayor angustia si de la voluptuosidad reciente, ó del dolor antiguo... Además no podía confiarme á nadie, ¿comprende V.?, á nadie...

—Aquí me tenía V. á mí, como me tiene ahora...

—Ahora ya no amo á Saverne.

—Está V. equivocada creyéndolo así. Tiembla usted todavía hablando de él.

—No, no, esto ha terminado, seré fuerte—Y María se levantó con una dignidad deshecha, avanzó hacia el desgraciado y poniéndole una mano sobre la cabeza, con un movimiento de ternura maternal, le dijo: —¿Piensa V. que yo me entregaría á esta confesión que le he hecho, si no estuviera segura de mí?

Se miraron un momento en silencio. Ella tomaba su propio alivio por un principio de nuevo amor, é Ignacio, equivocándose también, se reprochaba la dureza con que la había tratado. Hubo allí uno de esos cambios que entrañan los sentimientos complejos. Salientés preguntó con candor:

—Pero en fin, ¿Qué era lo que enamoraba á V. en...?

—¿En él... en Enrique, lo que me arrastraba, quiere V. saber?... Yo creo que su indiferencia. Yo soy de las que se agarran desesperadamente á lo que no les parece sólido.

—¡Ah, V. también!—Y el pintor se acordó de lo que acababa de decirle su modelo Luisa, pensando que unas más altas, otras más bajas, todas se parecían.

—Yo había llegado á un estado de salvajismo moral—continuó María paseándose.—Cuando encontraba á Mariana Froncín mi primer movimiento era de lanzarme sobre ella, de estrangularla, de hacerla sufrir los suplicios más refinados... El segundo el de correr á casa de Saverne, viendo que ella no estaba allá... ¡Cuántas veces he tenido la

tentación de ir á buscar á ese imbécil de Pedro Froncín, á ese ciego, ó de escribirle un anónimo para decirle: «Vaya V. allí á tal hora, tal día, que es exactamente cuando se verán!»

—¡Oh, V. hubiera hecho eso, María!...

—Tanta infamia espanta á V... No lo he hecho, no, tranquilícese. Pero si la situación hubiera durado, si yo no hubiera tenido el valor de separarme de aquel hombre como de un vicio...

—¿Hace mucho tiempo?

—Mucho para mi memoria de evadida...; pocos días por el almanaque... ¿Qué importa á V. eso, Ignacio? Soy libre...

Tras esta última frase interrumpió María su confesión, y poniéndose delante de un cuadro de España dijo:

—A mí también me gustaría estar allá.

Su mirada apareció sombría y dura. Distinguía las siluetas lejanas de Francisco y Juana, bajo la bruma de oro de estos paisajes exaltados.

—¿Querría V. ir conmigo?

El español apenas hizo esta pregunta se asustó de su propia necedad y de la fidelidad de su corazón.

Ella movió dolorosamente la cabeza.

—Eso es por ahora imposible, después de lo que V. acaba de oír...Pero V., amigo mío, ¿me ama todavía?

—Y la amaré á V. siempre, María.

—V. sabe que yo he engañado á Francisco, pues que después de todo soy aún su muger (en tanto que la ley nos separa); que no he sabido guardar intacto mi privilegio de esposa ofendida y abandonada; que he obrado por mi parte tan mal

como él; que he sido hipócrita con todos, pérfida y cruel con V... ¡V. sabe todo eso y V. me perdonaría!...

—La amo á V., María—repitió Ignacio, sin fuerzas para prolongar la escena.—Pero V. no me amaré nunca. Mañana volverá á donde Saverne.

—Si soy tan cobarde que haga eso... me castigaré con mis manos definitivamente... con estas manos...

—¡Oh, no, no, viva V., María, amiga mía... mi hermana; viva impura, entre sus remordimientos, con sus arrepentimientos, trastornándonos, desgarrándonos... destrozándome á mí, si eso le place y la reanima... pero viva. Yo la guiaré, porque estando apasionada no puede pensar con lucidez. Yo la enseñaré á vencer á su amante. Soy sencillo y débil, porque mi corazón está sangrando. Pero luchando por V. seré fuerte... ¡Oh, querida mía, no se deje V. abatir! ¡Hay horas tan bellas ante V.!...

Se había aproximado á ella. Su respiración la quemaba. De espaldas á él, mirando á los cristales llenos de agua, el pensamiento abismado en el porvenir confuso, se dejó coger entre los brazos del pintor, quien se figuró toda la angustia que suponía aquel abandono sin amor, que era como una súplica de ayuda á los dioses desconocidos. La piedad en él se impuso á todo. Sentía deseos de arrullarla como á un niño, de mimarla como á una enferma, de cerrar sus hermosos ojos húmedos, llenos de una figura detestada. Cosa extraña: á Salientés ahora le complacía en extremo ser indispensable á María en aquella ocasión. Se esforzaba para evitar el ridículo de llorar él también compa-

decido de aquel corazón turbado que no le amaba. Durante algunos minutos, bajo la influencia del contacto con María, no distinguió el bien del mal, el esfuerzo de la flaqueza. Fuera la lluvia había cesado. Las ráfagas de aire de otoño secaban el suelo y aceleraban la huida de las nubes cargadas de agua.

María volvió á posesionarse de sí misma con una adorable sonrisa, como un niño que despierta.

—Pido á V. perdón por haber venido, por haber traído aquí mi pena.

—¡Me deja usted! ¿A dónde va?

—A unirme á mamá en casa de la costurera. ¡Pobre mamá! Vá á tener ocupación para unos días. Esa muerte de Verneuil, antiguo amigo de papá, la distraerá. Me ha asegurado que no irá á la calle de los Sauces, por que no quiere exponerse á encontrar allí á Francisco y Juana y Sofía. Pero yo la conozco bastante para poder afirmar lo contrario: irá; escondida, pero irá. ¡Ama tanto el duelo, las lágrimas, los lechos fúnebres! Es una *dilettante* del desastre. Así le lleva ella á su casa...

María iba á indignarse de nuevo, pero sus ojos se encontraron con los del bravo mozo, á quien acababa de asociar inútilmente á sus agitaciones íntimas, y conociendo que aun la admiraba, se sintió confiada en su poder.

Luego pensó: «Es preciso que yo vaya enseguida á casa. Es imposible que no tenga ya allí una carta de Saverne excusándose... ¡Ignacio no ha tenido nada de mí, y me perdona!...»

Cuando marchó, después de algunas protestas de amistad sincera, el pintor se echó al suelo, y, la cara contra el duro piso, lloró libremente hasta desahogarse.

Después, pasada esta escena explicable, porque á quien pierde el ideal le degrada el dolor, pensaba sutilmente cómo María se había destruído su propia »lma. «Ha sido víctima de su medio—se decía—de su educación materialista, egoista. Hija de una comedianta del sentimiento y de un utopista, tenía que descender fatalmente la pendiente que va de la quimera al drama.»

Ocupado, demasiado ocupado con la pena suya, la muerte de Estanislao Verneuil no fué para él un desgarramiento, ni mucho menos. Sin embargo, como después que salió de casa caminaba hacia la calle de los Sauces, se acordó con melancolía de los gestos, de las palabras, de la silueta de aquel viejo honrado y laborioso que había dado la vida á una bribona. El arte ahora le parecía, en presencia de la prudencia, del juicio, una cosa pequeña y de poca importancia. Los burgueses tenían razón.

Cuando ya llegaba al pabellón de Verneuil encontró á Gustavo Charamol, el político, el filósofo del ateísmo, cuya primera frase fué:

—¡Que pérdida, ¿eh? para la cerámica!... Por supuesto, yo espero que no se haga venir aquí la cruz...

Después haciendo una mueca que torcía su cara de mongol, añadió:

—Perdón, no me acordaba de que V. también pertenece á la facción romana...

—¡Imbécil!—pensó Ignacio.

La casa en aquel día triste, tenía todas sus puertas abiertas por la mano de la muerte. Nora, la pequeña noruega, lloraba en medio de un grupo de discípulos y de amigos del maestro desaparecido, próximos á la valla de madera. Un joven de

cara exigua, cubierta de pecas, el pelo amarillo, que se hallaba envuelto en una capa, repetía con voz cavernosa: «Ahora está más vivo que nunca para nosotros...» Otro, negro y tímido, casi sin nariz, miraba al suelo y aprobaba aquella frase.

El vestíbulo del taller ofrecía el mismo aspecto de bohemia y de aceleración que antes de la desgracia. El siniestro Darnot daba órdenes con autoridad á los criados, á Victor y Lucia. De vuelta todos de España aquella mañana misma, Francisco y Juana hablaban en voz baja, y diéron la espalda á Ignacio cuando le viéron entrar. El se acercó silenciosamente á ellos y les estrechó sus manos abrasadoras. Esta brusca reaparición, la tortura de encontrar juntas tantas personas conocidas, perdidas de vista desde hacía varias semanas, y la ignorancia en que se hallaban de donde estaría el testamento del muerto, tenían febriles á los fugitivos.

Después de haber cruzado ante él Ursneur, más ogobiado que nunca; la obsequiosa Mina Charamol; Pablo de Fonteroy, rígido y seco; Clotilde Aubryet, toda hipocresía, falsamente entristecida, dichosa de reconquistar á su hijo, Salientés, guiado por los suspiros, penetró en la habitación mortuoria, que se hallaba mal iluminada por algunas velas, unas más largas que otras, y que ardían sin arandelas á lo largo de la chimenea. Sobre el lecho, vestidos con su ropa de trabajo, los brazos cruzados, reposaban los despojos de Verneuil. La cara estaba hermosa y tranquila, no con la inmovilidad de la muerte, sino con la de un sueño reposado. El cuerpo acusaba gran robustéz. La boca entreabierta todavía parecía que respiraba.